

# EL BALANCE DE LAS INJURIAS

Mario Briceño-Iragorry

Tales son la acrimonia, la viplencia y la ceguera con que los venezolanos nos atacamos y deshonramos mutuamente cuando vamos a las arenas del debate público, que un observador extraño y desconocedor de la verdad de nuestros métodos de lucha, llegaría fácilmente a negar la esencia de nuestros valores sociales y morales.

Quizá el mal uso de las palabras ha quitado a éstas su legítimo precio conceptual, y cuando se ensartan para la expresión de las ideas pareciera que fuese preciso buscar aquellas que aparentemente ofrezcan mayor fuerza para aniquilar al contendor. Tal es el abuso que para alabar o denigrar hemos hecho de los adjetivos, que éstos han perdido su mero valor simbólico, a punto de que el escritor recurra, para expresar sus juicios, a masas elocutivas que rompen las proporciones lógicas.

Bien está la lucha de ideas y sistemas. Ejemplar y provechoso es que quienes disienten de sus respectivas posiciones, vayan a la prensa para contradecirse leal y noblemente. Saludable para la vida de la república es que los dirigentes de opinión expongan sus puntos privativos y censuren las actividades y posiciones que juzguen apartadas de una lógica provechosa. Pero la feria de denuestos y diatribas en que se convierten con frecuencia planas de periódicos y tribunas públicas, lejos de conducir a una equilibrada y fecunda solución, que favorezca las instituciones y acelere su progreso, lleva, por el contrario, a una situación decaída, de la cual pudiera concluirse que entre nosotros nada vale ni nadie sirve para nada.

Más que presunción, ello es fruto de una carencia absoluta de previsión moral. ¿Qué es en último examen un pueblo donde los hombres representativos se niegan mortalmente a comprender el mínimo de razón que los otros tienen para pensar, justa o erróneamente, de modo distinto al que aquellos profesan? ¿Qué será un pueblo en que los hombres de hoy aparecen como simples servidores de la contumelia y de la farsa?

Comunmente no se trata de un estilo de juicio sobre los problemas del momento, sino de una rijosa manera de juzgar los actos y la persona de los demás. Parece que quien tomase la pluma para enjuiciar hechos extraños, se sintiera en el disfrute de un estado de conciencia que le permitiese denostar al opositor, como si gozase de cumbre impoluta que le asegurara el monopolio de la verdad y de la virtud. Hecha a un lado la memoria de nuestros propios actos y de nuestras fáciles caídas, nos convertimos en jueces implacables de nuestros momentáneos enemigos, sin pensar que nada es tan efímero como las desavenencias que provoca la política y como los pactos de amistad que ella promueve.

Amantes de los métodos de tierra arrasada, con nuestra pluma creemos fulminar y anonadar la figura de quienes nos son hostiles, sin pensar que éstos asumirán al día siguiente la misma posición para juzgar nuestra alegre y confiada conducta del momento. Si el labriego incauto, destruyendo los tupidos bosques, ha promovido la erosión y la sequía que hacen estéril nuestro suelo, también esos taladores de hombres, con el filo venenoso de las hachas verbales

provocan un estado de erosión moral, donde parece que fuera imposible ninguna siembra de valores. Tan fácil es al ciudadano desvestirse de su prestigio al funcionario, como a los voceros dirigidos por la autoridad el descalificar hasta la muerte moral la actitud de los contrarios. Para los que militan en una parcialidad política cualquiera, no hay otros hombres honestos fuera de sus correligionarios, ni otros valores que los afectos rígidamente a sus doctrinas y propósitos. Cerrados a la comprensión de los contrarios, apenas miramos como solución favorable la que nos dicta nuestro propio interés. Lo demás no es sino simple broza, actitud fingida, interés desleal, detritus despreciable. Si sólo estuviera un bando en el goce del derecho de vapuleo, quedaría al menos en pie el grupo de los atacantes; mas, frente a éstos están los aparentemente contradichos y destruidos, quienes a la vez tienen armas afiladas, para arremeter a su tiempo contra el implacable enemigo. Para la honda de cada David habrá siempre una honda más certera. Todo se reduce a medir el tiempo y a esperar la oportunidad de la revancha, **Hodie mihi, cras tibi:** hoy por mí, mañana por ti, se lee como alerta para enderezar la vida, en la puerta de numerosos cementerios. Hoy eres tú el honrado y el poderoso. Hoy distribuyes bulas de seguridad y beneficio. Mañana estarás en la picota y podrá escupir tu rostro el mismo en cuya indefensión hoy cebas tu ponzoña.

Y nada aprovecha la república con este permanente ejercicio agonístico. Las palabras, ya sin germen nutricional, son apenas pesadas catapultas que esterilizan hasta las propias zonas de la esperanza. El pueblo las lee o las oye como quien contempla un lucido juego pirotécnico. Cansado del abuso de las palabras, no confía en el valor de la misión ductora de la inteligencia y adhiere resignado a los desiderata de la fuerza convertida en hecho. Pero quien contemple en actitud señera el devastador debate, llegará fatalmente, por la culpa de los actores ofuscados, a la conclusión pesimista de que todo está perdido y que nada bueno puede esperarse de una sociedad donde,

por la apariencia aniquiladora de la lucha, no hay valores, ni sinceridad, ni desinterés, ni patriotismo en parte alguna. La propia juventud, clamorosa de ejemplos tónicos, se entregará por desgravitación moral a la desesperanza de sí misma.

Ante este cuadro doloroso surge la urgencia de una bien centrada reflexión que nos aleje del suicidio colectivo a que tan fácilmente nos está conduciendo la carencia de sentido de proporción en la dialéctica social. No hay razón para que prosigamos ese camino ciego de negarnos sin examen unos a otros. Nuestro deber nacional nos lleva, por el contrario, a buscarnos antes que aniquilarnos. La comunidad tiene un sentido de fraternidad que obliga a mirar como propios todos los problemas, así sea el del mismo error en que caigan los contrarios. Convivencia es ejercicio que obliga a conllevar la carga extraña. Pero si nos empeñamos cada quien desde nuestra estrecha parcela, en el propósito de destruir la personalidad de los contrarios, al hacer el balance de los valores morales de la república, a base de las atribuciones feridas en la lonja de los insultadores, hallaríamos con espanto que, por nuestro propio yerro, se nos ha hecho aparecer ante los ojos del forastero que vigila para su provecho nuestra debilidad, como un país de simuladores, de ladrones, de ignorantes, de asesinos, de logreros y de transfugas, cuyos solos hombres virtuosos son los que transitoriamente ejercen desde el poder el monopolio convencional de la verdad.

*\*El Balance de las injurias* apareció publicado en VIRUTAS (Temas Dispersos) N° 68, Cuadernos Literarios de la "Asociación de Escritores Venezolanos", Caracas, 1951